

"VIDA INTELECTUAL," Madrid.
Revista ilustrada. Año I. n.º 2
Junio 1907

2-183

2-111

D. C. tomo X

ДИРЕКЦИЯ

Sobre la Enseñanza del Clasicismo.

AL SR. D. J. NOMBELA Y CAMPOS.

Me pido usted, mi querido amigo y compañero, que cuente á los lectores de la revista VIDA INTELECTUAL cómo enseño el griego en mi cátedra, pues usted, que ha sido mi compañero de claustro, sabe como lo hago y estima que quienes sólo por mis escritos me conocen, suelen hacerse al respecto figuraciones fantásticas. Así lo creo.

La lengua griega, y como ella cualquier otra lengua antigua, puede enseñarse y aprenderse con dos fines principales, ya por la lengua misma en sí, ya como un instrumento de una literatura. Interésales á unos el griego por el griego mismo, por su organismo lingüístico, por su relación con las demás lenguas indo-europeas y la luz que sobre el conocimiento de éstas arroja el conocimiento de ella, é interesa á otros el griego por la literatura de perenne frescor y verdura que en ese idioma encarnó. Y de aquí dos modos de aprenderlo, modos que pueden, por otra parte, concordarse.

Dejo de lado otro aspecto, cual es el de estimar importante el conocimiento de la lengua griega por el uso que se hace de su léxico para la terminología científica. Esta importancia es mínima y sólo la ponderan los pedantes ó los pobrecitos fanáticos del científicismo, que se imaginan que saben algo más que los demás mortales sobre el abejorro sanjuanero cuando han aprendido á llamarle *melotontha vulgaris*. Para poner motes técnicos á nuevas especies de coleópteros ó á nuevos artefactos y peregrinas invenciones de física más ó menos recreativa, no hace falta mucho griego, sobre todo si los motes son tan disparatados, desde el punto de la lexicología griega, como el de *kilómetro*, pongo por caso, con su ridícula *k*, y para entender esos motes basta con que al aprenderlos le digan á uno lo que quieren decir, sin que conduzca á más aprender griego con ese solo objeto.

Dejando, pues, este aspecto más que secundario, vamos á los otros dos.

Se comprende que estudie uno el griego ú otra lengua cualquiera, viva ó muerta, incluso el castellano, no más



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

CRÉDITOS USUALES

que con un interés lingüístico, por la lengua en sí, como puede uno estudiar la vaca, la oveja ó el caballo como ejemplares de mamíferos y para aprender biología y morfología en ellos, sin tener en cuenta que la una da leche, la otra lana y el tercero sirve de bestia de montura y de tiro. Pero no es este el interés que en mi cátedra me mueve.

El interés casi exclusivamente lingüístico, y aun diré menos, casi exclusivamente gramatical, ha hecho estragos en nuestras cátedras de latín y de griego. Lo han alimentado cierto natural escolástico y seco de nuestros espíritus—natural corroborado por una educación seca y escolástica—y sobre todo la pereza espiritual. Es mucho más fácil enseñar gramática de una lengua que no enseñar la lengua misma como manifestación de una literatura; cuesta menos esfuerzo ese horror que se llama análisis lógico ó sintáctico, con sus oraciones primeras ó segundas, y su «vuelva usted por pasiva» ó la disección morfológica del vocablo con todo lo de prefijos, sufijos, raíz, tema, desinencias, etc., que no entrar en el pensamiento de Horacio ó de Tácito, de Sófocles ó de Tucídides. Es la pereza espiritual la que nos lleva á la especial forma de erudición española, y es esa misma pereza la que nos lleva al gramaticismo.

Yo procuro enseñar lengua griega y no gramática de esa lengua.

Me llevaría á una larga disertación, que no es de este lugar, el explicar el valor de la gramática para el conocimiento de una lengua, y ni aun así lograría desarraigar de las mentes de los más de mis lectores la superstición gramaticista, que es uno de los más resistentes restos del escolasticismo. Gentes de muy buen juicio y no escasos de cultura se escandalizan cuando los que nos dedicamos á estudios lingüísticos y filológicos proclamamos la escasa ó nula importancia de la gramática para el conocimiento del idioma propio y que el saber que *había amado* es pluscuamperfecto ó que tal pronombre es régimen directo ó indirecto no ayuda en nada á saber escribir mejor.

En tratándose de la propia lengua me parece claro y evidente que la gramática ordinaria, la meramente expositiva, la gramática no histórica—y de esta dudo lleguen á dos docenas las personas que saben algo en España—no sirve para maldita la cosa. Yo la proscibiría de las escuelas de primera enseñanza, sustituyéndola con ejercicios de redacción y otros de lectura y comentario de clásicos. Y

así no se daría el caso de maestros que después de saberse al dedillo el Epítome, el abominable Epítome, ó la no menos abominable Gramática extensa de la Real Academia de la Lengua, y no sé cuantos enredos de análisis lógico, son incapaces de redactar una solicitud con sentido y sobriedad.

Mas en tratándose de una lengua ajena, que es lo mejor aprendérsela como se aprendió la propia, por el uso, puede la gramática llegar á ser un método, aunque auxiliar siempre, abreviado. La síntesis que en el propio idioma es subconciente y *a posteriori*, nos la dan para el ajeno conciente y *a priori*. Nos dan las casillas para que las llenemos de contenido, cuando en el propio idioma las casillas esas surgen del contenido mismo y no son sino su forma.

Y esto aumenta cuando se trata de aprender una lengua muerta, ó una viva como si fuese muerta. Nos es imposible aprender el griego de Homero, de Sófocles ó de Píndaro, como el inglés de lord Byron, de Macaulay ó de Carlyle, ó el alemán de Goethe. Estos aún se hablan—con lijerisimas variantes—y aquel no. Y así la gramática es un auxiliar mayor para las lenguas muertas.

Pero siempre un mínimo de gramática, lo estrictamente preciso para poder empezar á entender, diccionario en mano, á los clásicos. Lo menos posible de excepciones y particularidades y curiosidades lingüísticas. Esas cosas se aprenden según salen. Y lo menos posible de sintaxis teórica, ya que la sintaxis sólo se aprende sobre los textos.

Apenas mis alumnos conocen el alfabeto griego y pueden seguir la mera lectura de un texto, y mientras van imponiéndose en la declinación y conjugación regulares, voy yo traduciendo y comentando lo que se lee. Es decir, que empiezo á traducir griego desde el cuarto ó quinto día de clase y no deja de traducirse hasta el último del segundo de los dos cursos de lección diaria de que consta la asignatura. Y por utilidad mía no traduzco una misma cosa en dos cursos distintos, pues no quiero que me ocurra lo que á más de un catedrático de latín, que al cabo de los años no saben traducir sino los trozos que tienen siempre los mismos de texto.

No me gustan los Trozos, Crestomatías y colecciones de fragmentos escogidos. Empleo esas pequeñas ediciones, con notas, que publica la casa Hachette, de París, y procuro que cada curso—sobre todo en los segundos cursos—



se traduzca alguna obra completa. Hace dos años tradujimos dos cantos enteros de la *Iliada*, un diálogo de Platón, la *Antígona* de Sófocles, el *Prometeo encadenado* de Esquilo y el *Manual* de Epicteto.

A quien conozca el griego le parecerá que esto es mucho traducir para un solo curso, pero he de advertirle que no me detengo con delectación morosa de lingüista ó de gramático, en las dificultades y pasajes oscuros, sino que á las veces los paso por alto dando la interpretación más corriente. Mi objeto es acostumbrar al estudiante á la fisonomía general del idioma, suministrarle un vocabulario lo más rico posible y hacer que se aficione á la literatura griega pudiendo gustar de algunas de sus obras maestras en conjunto.

No quiero hacer helenistas, sino hombres cultos con sentido del espíritu clásico helénico y gusto por la antigüedad.

Es verdaderamente triste el horror que entre nosotros inspiran nombres como los de Virgilio, Horacio ó Tácito. A casi todos nos recuerdan enojosísimas noches de rebusca de significados, y lo que es peor, de aquel desdichado *ordenar*. Eso de ordenar un texto latino antes de conocer su sentido y acaso sin saber su significado, es la invención más diabólica que se le pudo ocurrir á un dómine con el fin de atormentar á los pobres muchachos. Yo no ordeno nunca; traduzco el texto griego tal como está, y si la traducción resulta oscura, se ordena ésta. Porque no es el texto griego ó latino lo que hay que ordenar, sino su traducción literal y *mot á mot* castellana.

Otro punto que no dejo nunca pasar en mi clase sin comentario es el de la libertad de composición de que se servían los clásicos, y de cómo construían según el sentido, *κατά συνεσιν*, y no según los preceptos de una pedantesca gramática de dómines. Si la ridícula crítica gramatical de un Miguel de Escalada, ó de otro censor igualmente vacuo, hubiera de aplicarse á Homero, Platón, Tucídides, etcétera, saldrían muy mal librados estos. A cada paso habría que estar diciendo: el *ésie* este ¿á quién se refiere?

Y tampoco omito hacer notar que son precisamente los que menos dejan caer de la boca los nombres de los clásicos y los que á todas horas invocan su tradición, los que menos penetrados están de su espíritu. En la famosa lucha entre clásicos y románticos en el primer tercio del pasado siglo muchos de los románticos—los de primera fila desde



luego—estaban mucho más cerca del espíritu clásico que aquellos pobres pedantes que por remedar sus formas externas se creían los continuadores de su tradición.

Y á este respecto no dejaré de decir que un conocido mío me tomó á paradoja el que llamase yo clásico á López Silva comparándolo con Teócrito y diciendo que muchas de sus composiciones eran verdaderos *idilios* teocritanos—en el sentido primitivo y etimológico de idilio, es decir: cuadro de género.—Fue preciso que le invitara á leer juntos algunos *idilios* de López Silva y las *Siracusanas* de Teócrito, pongo por caso. Para él, como para muchos, clásico era un señor que canta á faunos, sátiros, driadas, ó á Júpiter ó á Dioniso y á poder ser en sáficos adónicos libres.

Yo no sé si en los diez y seis cursos que llevo explicando lengua y literatura griegas—la lengua para la literatura y ésta mostrada en aquella—he sacado aficionados á ellas ó he conseguido poner á alguien en disposición de penetrar en el espíritu de la antigüedad helena, pero lo he procurado. Y si no lo he conseguido será porque acaso, en su fondo, mi propio espíritu es refractario á ese espíritu. Pero por ser tan opuesto á él me he esforzado por templarlo y corregirlo á su diario contacto; por sentirme tan bárbaro—y queriendo serlo—he tendido á corregir, y tal vez á abrillantar, mi barbarie radical en el baño de esa fuente de perenne juventud. Siempre debe de buscar un hombre lo que le falta para corroborar con ello, completándolo, lo que tiene.

Mi asignatura se llama «lengua y literatura griegas», y así como en la lengua procuro enseñar lengua y no gramática, sirviéndome de ésta no más que como de auxiliar, así en la literatura procuro enseñar literatura y no historia de ella. Huyo de detenerme en disquisiciones sobre el origen de las desinencias casuales ó sobre la formación de los aoristos segundos, y huyo igualmente de dar la biografía de Eurípides ó de Plutarco y donde y cuando nació. Eso pueden verlo los estudiantes en cualquier libro. En mi clase no se pierde el tiempo, que para otras cosas hace falta, en hablar de los autores de que no nos han llegado obras ó de las obras que no han llegado á nosotros. Yo no digo que su conocimiento no pueda ser útil ó curioso en ciertos respectos, pero sí digo que al funesto aforismo de «el saber no ocupa lugar»—lo cual; en rigor, es falso—opongo siempre este otro: «pero el aprender ocupa tiempo»

y mientras se aprende una cosa podría aprenderse otra de más sustancia. Y repito que yo no tiro á formar especialistas ni eruditos en letras helénicas.

Especialistas en helenismo, eruditos en puntos de lengua ó literatura griega están mucho mejor que aquí en países donde el nivel de la cultura general es más elevado y donde hay un público capaz de gustar directamente la miel de las abejas áticas ó jónicas, pero entre nosotros el interés supremo debe ser el de elevar ese nivel y despertar el gusto por estas cosas que dignifican y afinan al espíritu. El ideal pedagógico inglés del *gentleman*, del caballero culto y fino, antes que el ideal pedagógico alemán del *Fachmann*, del doctor especialista, que tan fácilmente degenera, y sobre todo entre nosotros, en pedante insoportable y envanecido.

Nunca he hecho alarde de mis conocimientos en literatura griega, cito en mis escritos lo mcho posible á aquellos autores mismos á quienes estoy traduciendo y comentando en clase mientras doy al público aquellos—y esto ha podido llevar á algunos de mis compañeros en letras, tan pedantes como aquí son, á creer que me paso el tiempo en clase ó haciendo lingüística ó disertando ocasionalmente de todo lo divino y humano—y procuro no hacer sentir sobre mis lectores el catedrático de griego. Creo, sin embargo, que este largo, continuado y bastante íntimo trato con los clásicos griegos no ha podido menos que dejar alguna huella en mi espíritu, por muy adverso que nativamente les fuere, y en mis escritos. Y abrigo la esperanza de que si algún día un crítico conocedor directo de esos clásicos, se entretiene en examinar mi labor literaria, no dejará de ver su influjo en ella y acaso más honda que en muchos que se pican de clasicistas, de helénicos ó de paganos. Pero es que si algún día llega á aparecer en España un crítico de verdad, con poesía crítica, es decir, dotado de comprensión creadora, descubrirá respecto á nuestra literatura contemporánea cosas que pasmarán á los literatos de hoy que entonces vivan, porque en estos literatos corren, por lo común, parejas la ignorancia y la incultura con la petulancia y la osadía de juicio.

Y aquí tiene usted, mi querido Nombela, algo de lo que usted me pedía. Si enseña ó sugiere algo á los lectores de la VIDA INTELLECTUAL se habrá dado por satisfecho su amigo

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca, 15-5-907.